

*Alicia Lindón\**

## La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos

El interés creciente por abordar la realidad social desde las dimensiones simbólicas, culturales, no tangibles, parece un sello característico de las ciencias sociales en las últimas dos décadas. Esto es parte de un **giro** subjetivista que se viene desarrollando en las ciencias sociales, y que en América Latina ya tiene casi dos décadas, aunque en la última ha tomado mayor impulso. Este devenir ha generado numerosos desembarcos. Uno de ellos es el de los imaginarios sociales, temática que en buena medida –y a través de los estudios culturales– fue aterrizando en la noción de **imaginarios urbanos**. Tal vez sería más preciso plantear que los estudios culturales (en sentido amplio), de tanto analizar lo cultural en circunstancias **localizadas** en las ciudades, se fueron encontrando con la ciudad misma como cristalización de la cultura.

Los estudios urbanos también han ido realizando ese giro hacia los imaginarios urbanos. En este caso conviene recordar que los estudios urbanos constituyen un campo marcado durante largos años –sobre todo en América Latina– por enfoques que han dado preeminencia a las componentes materiales en términos del espacio construido y también a lo socio-económico y lo socio-político desde la perspectiva del territorio. Sin embargo, y sobre todo a partir de los años noventa, se va evidenciando que en ese devenir han quedado relegadas del análisis, ciertas dimensiones que son parte fundante del fenómeno urbano. En ese **olvido** precisamente se aloja la clave de buena parte de todo lo que no logran descifrar estas miradas acerca de la ciudad y la vida urbana. Básicamente, se trata de las componentes socio-culturales asociadas al espacio urbano. Esto –aunado a la interdisciplinariedad y multidisciplinariedad que han sido propias del campo– permitió ir construyendo abordajes urbanos que incluyeran estas

dimensiones socio-simbólicas, o bien miradas que articularan lo socio-económico y material, con lo socio-simbólico. En este camino, los imaginarios y la subjetividad social ofrecieron una posibilidad de renovación del campo de los estudios urbanos, en torno a los imaginarios urbanos. Aunque, se trata de un proceso aún en curso.

Así, se ha dado una convergencia de estos dos campos del conocimiento –los estudios culturales y los estudios urbanos– en torno a los imaginarios urbanos. En esta convergencia, los estudios culturales aportan una particular sensibilidad para comprender las dimensiones simbólicas de la vida social, mientras que los estudios urbanos disponen de un capital teórico notorio para abordar la ciudad desde su materialidad y desde lo socio-económico. Los segundos con mayor apertura interdisciplinaria que los primeros. Los primeros con mayor capacidad para observar las especificidades. También con tradiciones metodológicas diferentes pero convergentes: los estudios culturales con un gran apego a la etnografía y, por eso mismo, cuando llegan al estudio de la ciudad suelen encontrar que el gran desafío está en la incorporación de los cuestionarios de encuesta y los agregados en general. En cambio, los estudios urbanos por su fuerte filiación con los análisis macro y de agregados, actualmente encuentran que el gran desafío se halla en las metodologías cualitativas. En suma, la investigación sobre imaginarios urbanos se enriquece por el recurso simultáneo tanto a metodologías cuantitativas como a las cualitativas. Numerosos autores han reconocido esta posibilidad de complementariedad metodológica para el estudio de los imaginarios urbanos. Por ejemplo, en las páginas de esta revista así lo reconoce explícitamente Néstor García Canclini. De igual forma, el extenso trabajo dirigido por Armando Silva apunta en el mismo

sentido de articulación de estrategias cuantitativas y cualitativas. En última instancia, ambos campos –estudios culturales y estudios urbanos– asumen la certeza de que las ciudades latinoamericanas actuales se han tornado fenómenos tan complejos y multifacéticos, que necesariamente requieren de enfoques que no operen desde la consabida reducción del fenómeno en cuestión –lo urbano, en nuestro caso– para lograr tan solo una mínima inteligibilidad o lograr una explicación tan lejana al fenómeno, que resulta difícil reconocerlo en ella.

En este devenir, los imaginarios urbanos han adquirido tanta centralidad que han llegado a constituirse en una moda. Esta circunstancia –la moda de los imaginarios urbanos–, al igual que se ha constatado en otros temas que han seguido cursos semejantes, parece resultar ambivalente en sus implicaciones. Por un lado, la moda –por su mismo carácter expansivo– contribuye al avance del tema, en sus desafíos y horizontes. Pero, al mismo tiempo, también coadyuva a la considerable profusión de trabajos muy diversos que reclaman ser parte del tema, aun cuando muestren un vínculo muy débil, cuando no invisible, con respecto al tema. Esto último tiene una implicación directa: los imaginarios urbanos al mismo tiempo que se extienden, pierden fortaleza bajo el riesgo de constituirse en una expresión paraguas debajo de la cual cabe un espectro enorme de temáticas y abordajes, o como dice Daniel Hiernaux en su texto: los imaginarios se constituyen en una suerte de gran recipiente que le permite a todas las disciplinas encontrar un punto del cual asirse.

Así, se llega a una paradoja: a pesar de que los estudios sobre el tema son cada vez más numerosos, no se ha llegado a consensos respecto a cuestiones tan básicas como puede ser: ¿a qué denominamos imaginarios urbanos? Estas observaciones no niegan el mérito que ha tenido dicha moda al abrir nuevos ángulos y enfoques. En este sentido, los trabajos aquí reunidos regresan en varias ocasiones sobre tres conceptos que parecería contienen las claves teóricas para dilucidar la pregunta previa: imaginarios, imágenes y representaciones. En este sentido cabe subrayar que el texto aquí integrado

de Daniel Hiernaux, recupera la tradición de Gilbert Durand, y desde allí plantea una forma de resolver un núcleo teórico importante para los imaginarios urbanos: las percepciones se transforman en representaciones y éstas, por un proceso simbólico se constituyen en imaginarios.

Si el interrogante acerca del concepto de imaginarios no resulta totalmente resuelto, un segundo interrogante no menos relevante y relacionado con el anterior, es el referido a la compleja vecindad entre **imaginarios y subjetividades**. En este sentido, surge la siguiente pregunta: ¿el campo de los imaginarios urbanos sólo incluye a aquellos estudios que lo declaran como tal de manera explícita?, o bien, ¿se puede concebir un campo de los imaginarios urbanos en el que tengan cabida los diversos abordajes sobre la subjetividad urbana? Evidentemente, la pregunta no tiene una única respuesta, y a lo largo de la revista se podrá constatar que algunos autores optan por reducir el campo a la investigación que explícitamente se autoadscribe al paraguas de los imaginarios urbanos. Por ejemplo, en su texto Daniel Hiernaux muestra la necesidad de acotar la discusión teórica respecto al concepto mismo de imaginarios, antes que desplegarla sobre el campo aun más amplio de la subjetividad, precisamente por la dificultad intrínseca que implicaría navegar en ese campo tan extenso. En este sentido, todo parece indicar que la relación entre la subjetividad y los imaginarios aún es una asignatura pendiente, al menos en lo que respecta al tratamiento teórico explícito de esta vecindad.

Así como cada uno de estos campos le aporta al estudio de los imaginarios urbanos sus fortalezas, de igual forma le transfiere sus debilidades. Los estudios urbanos se han dedicado sobre todo y por largos años, al **mundo de los sólidos**, para recuperar la expresión de Henri Bergson. Mientras que los imaginarios en sí representan el mundo de los no sólidos. Esto plantea una dificultad fuerte y de múltiples connotaciones desde la perspectiva del lastre que los estudios urbanos aportan a los imaginarios urbanos.

Por otro lado, los estudios culturales, y en particular la Antropología que los cobija, tienen un largo camino recorrido en el estudio de lo

\* Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, Ciudad de México. E-mail: alicia.lindon@gmail.com

simbólico y lo cultural. Sin lugar a dudas, esto permite comprender el papel pivotal que han tenido estos dominios del saber en el desarrollo de la investigación sobre imaginarios. No obstante, al mismo tiempo, es necesario reconocer que precisamente la Antropología aporta otro tipo de lastre a los estudios de los imaginarios urbanos: es una de las disciplinas contemporáneas que llega más tardíamente al estudio de la ciudad y en algunas ocasiones parecería que aún la asolan dos conocidos riesgos cuando de estudiar la ciudad se trata. El primero es pensar la ciudad aespacialmente y, el segundo, es incluir el espacio pero reducido a la perspectiva de la localización. El reconocimiento de estos riesgos no niega que actualmente existan antropologías urbanas muy reconocidas que han sorteado ambos riesgos exitosamente.

Si la ciudad ha sido vista –sobre todo, desde los estudios urbanos– como el mundo de los sólidos, el espacio no escapa a ello, más bien es el núcleo de esa perspectiva. La reducción del espacio a la materialidad ha sido una de las fuentes de la reducción de la ciudad a lo material. Por ello mismo, el estudio de los imaginarios respecto al espacio urbano lleva consigo los mismos desafíos y dificultades. Evidentemente, este sesgo no permite negar toda la extensa tradición intelectual sobre el estudio del espacio y la espacialidad entendidos como experiencia, como vivencia, como representación, como percepción, es decir como realidades no tangibles. Como expresión del parentesco ancestral entre los imaginarios y el espacio, se pueden retomar las palabras de Francisca Márquez, cuando –parafraseando a Manuel Baeza (2000)– nos advierte que los imaginarios sociales son aquella manera compartida de representar el espacio y el tiempo.

Como una derivación de lo anterior –vale decir de las fortalezas y debilidades que los estudios culturales y los estudios urbanos le heredan a los estudios sobre los imaginarios urbanos– encontramos que otra perspectiva disciplinaria tiene posibilidades fecundas para triangular estas herencias: la Geografía –o mejor aun, cierta Geografía Humana– parece ofrecer una puerta particularmente relevante por hallarse a medio camino de todos los puntos señalados: en esta disciplina existe una fuerte tradición de estudio de la ciudad y lo

urbano con todo el peso de la materialidad que ello implica (Lindón, Hiernaux & Aguilar, 2006). Al mismo tiempo, en esta disciplina también se ha desarrollado una tradición de estudio del espacio como mundo de los sólidos y de **los no sólidos** (espacio vivido, percibido, representado, experimentado, lugar...), ya que precisamente en torno al espacio y la espacialidad se ha ido conformando contemporáneamente el objeto de estudio de la disciplina. Por último, cabe recordar que también existe, si no una tradición extensa, al menos muchos planteamientos emergentes en las últimas tres décadas en torno a lo simbólico y lo experiencial en relación con el espacio.

La visualización de esta puerta no implica que haremos una lectura del tema a través de la Geografía Humana, sino que le daremos una de las voces disciplinarias en el tema. No obstante, como se constata en los trabajos incluidos en este número de *EURE* cuyos autores tienen adscripción a esta disciplina (Daniel Hiernaux, Alicia Lindón y Alain Musset), tanto la argumentación teórica como el análisis de los casos, no se construye desde una sola tradición disciplinaria, sino más bien desde un punto de vista disciplinario que integra aportes de otras disciplinas. Precisamente por la falta de una tradición de Geografía Humana en el tema, los autores que analizan los imaginarios desde esta disciplina se abren a los aportes de los otros campos del conocimiento para traducirlos a su lectura del tema. La otra voz de acento disciplinario que se ha incluido en este conjunto de trabajos, como no podía ser de otro modo, es la que se define desde la Antropología. En este caso articula los aportes de Néstor García Canclini, Mónica Lacarrieu y Francisca Márquez.

Los imaginarios expresan –para contextos sociales particulares– supuestos que no se cuestionan, lo que se supone que existe, aquellos aspectos, fenómenos y características que se asumen por parte de los sujetos como **naturales**, porque han sido integrados, entrelazados, en el sentido común. Por eso, como señala Francisca Márquez más adelante, los imaginarios urbanos son matrices de sentido.

Los imaginarios son colectivos –son sociales, son compartidos socialmente–, lo que no debería asumirse como un carácter universal. Pueden estar

anclados y ser reconocidos por pequeños círculos sociales o por extensos mundos sociales, pero siempre son un producto de la interacción social entre las personas. Se construyen a partir de discursos, de retóricas y prácticas sociales. Una vez construidos tienen la capacidad de influir y orientar las prácticas y los discursos, sin que ello implique que quedan inmóviles (como el lenguaje con el que se moldean, mientras están vigentes se modifican). Por eso producen efectos concretos sobre los sujetos, **efectos de realidad**. A esto se refiere Daniel Hiernaux cuando señala que los imaginarios crean **imágenes guías** o **imágenes actuantes**, son guías para la acción. Los imaginarios nos permiten hallar –más bien descifrar- respuestas al porqué de las acciones de los sujetos sociales.

No obstante, estos efectos de realidad no deben llevar al estudioso de la ciudad, a concebirlos –simplistamente- como **re-presentaciones**, es decir como un espejo o reflejo exacto del fenómeno en cuestión. Justamente, uno de los aspectos analíticamente más relevantes es que se pueden construir como la **representación** de un fenómeno, pero también como **analogías selectivas** o **distorsionadas** de los fenómenos, o incluso se pueden construir en **ausencia** del fenómeno. En otras palabras, puede ser que un imaginario no tenga un referente concreto o que ese referente haya desaparecido y el imaginario perdure y, en consecuencia, se mantiene su capacidad para influir en las prácticas sociales. De igual manera, suele ocurrir que un imaginario migre de un contexto socio-territorial a otro y, en el último, puede ser incorporado en la subjetividad social sin que los fenómenos que le dieron origen en el otro contexto, existan o hayan existido (Lindón, 2005b). Por ello, los imaginarios se relacionan con imágenes mentales pero lejos de constituir el problema de la interioridad del individuo, son sociales y se interponen en nuestra vida práctica, en nuestras prácticas espacializadas, en nuestra relación con la ciudad y sus fragmentos. El hacer de los habitantes de una ciudad no es ajeno a estas imágenes sobre el espacio urbano y la vida urbana (Ley, 1983).

Por todo lo anterior es que Francisca Márquez emplea, en esta ocasión, la metáfora de la **carta de navegación** para expresar la esencia de los

imaginarios. Al respecto, cabe recordar que ciertas geografías del comportamiento y la percepción se refieren a los desplazamientos de los sujetos en la ciudad a través de la expresión **navegación urbana** (De Castro, 1997). Entonces, sería posible plantear que la navegación urbana (los desplazamientos de los habitantes dentro de la ciudad), se orientan con cartas de navegación llamadas imaginarios urbanos.

Los imaginarios urbanos se presentan, emergen, en los discursos, en las retóricas, en los **decires** (Mondada, 2000). Esto implica que se pueden aprehender en las palabras de los habitantes de la ciudad, pero también en otras expresiones del lenguaje social. Por ejemplo, se expresan en el arte (plástico, literario...), al igual que en diversas imágenes que circulan socialmente. Asimismo, es posible plantearse descifrar imaginarios urbanos del pasado a través de diferentes documentos, como por ejemplo relatos de viaje, obras de arte (Nogué, 2006; Nogué & Villanova, 1999), cartas personales, fotografías.... (Silva, 1998). De igual forma, la ciudad contemporánea cuenta con otra expresión gráfica de enorme valor para descifrar imaginarios urbanos: los graffitis (Silva, 1986). Indudablemente, todo ello abre un enorme desafío metodológico para el estudio de la ciudad. La dificultad suele radicar en que usualmente el estudioso de la ciudad no está provisto de recursos metodológicos para afrontarlo, ya que se requieren aproximaciones poco empleadas tradicionalmente en los estudios urbanos, más afines a las sociologías subjetivistas, los estudios culturales o las geografías humanistas y fenomenológicas<sup>1</sup>. Al mismo tiempo, los datos agregados –tradicionalmente considerados como la información por excelencia de los estudios urbanos- pueden resultar poco útiles para desentrañar subjetividades espaciales. En suma, se requieren metodologías que trabajen con la subjetividad social, con los discursos y las retóricas, con imágenes. Una aproximación a este

<sup>1</sup> De esto se desprende una dimensión relevante para analizar en otro contexto: ¿cómo deberían formarse los urbanistas? Indudablemente esa reflexión desborda ampliamente los objetivos de trabajos que presentan resultados de investigación urbana. En cambio, ameritarían ser considerados en foros sobre la enseñanza. No obstante, consideramos que en esta ocasión al menos cabe observarla.

desafío aparece en el texto de Alicia Lindón con la propuesta de los hologramas espaciales.

Los imaginarios urbanos pueden referir a la ciudad como un todo, a lo urbano como un modo de vida o también a distintos fragmentos de la ciudad, a esas micrópolis (García Canclini, 1997) en las cuales despliegan su cotidianidad buena parte de los habitantes de las grandes ciudades. Uno de los fragmentos más emblemáticos de lo urbano en este sentido son las **calles**. Pero aun así, considerándolas como un fragmento específico, los imaginarios pueden anclarse en ellas de diversas formas: en la vida social que en ellas se desarrolla, en la traza (angosta, ancha, recta, sinuosa, objetos que en ella están o han estado...) así como en las calles en tanto formas espaciales, pero también los imaginarios vinculados con una calle se pueden explorar a partir de su nombre y la memoria que lleva consigo: La toponimia (ocurrída en el lenguaje) retoma el sentido del espacio (Gumuchian, 1991). O bien, las calles pueden ser abordadas a través de locales y establecimientos que al estar sobre cierta calle le dan un significado a ella, aunque al mismo tiempo se cargan de sentido a partir de su localización en esa calle. El texto que se presenta más adelante de Mónica Lacarrieu muestra el caso de un antiguo bar de la ciudad de Buenos Aires como cristalización de una construcción de sentido en torno a lo material y lo inmaterial del bar y de la calle.

Si uno de los fragmentos emblemáticos de la ciudad para estudiar los imaginarios urbanos son las calles, posiblemente el reverso, no menos complejo, lo sean las casas. De igual forma la casa (Lindón, 2006a) abre un abanico de posibilidades enormes para el estudio de los imaginarios urbanos. Otra opción es preguntarnos por los imaginarios urbanos asociados a los centros de las ciudades, a la periferia como un todo, y a cada periferia en particular, asimismo, a los parques, plazas, jardines y demás espacios públicos. La memoria de la ciudad o de sus fragmentos es otra de las grandes entradas analíticas de los imaginarios, y no exclusivamente a través de los nombres de las calles. El tema de la memoria urbana -que le suele dar vida a ciertos imaginarios- también puede estudiarse a través de su destrucción, del olvido o de las prácticas que la anulan y la invisibilizan. En última

instancia, como lo señala Francisca Márquez, los imaginarios urbanos hablan del tránsito entre la memoria y la imaginación: pueden alimentarse de la memoria colectiva para producir una construcción fantástica, pero no por fantástica carece de relevancia ya que orientan la acción social. Una manera particular de estudiar la memoria espacial en la ciudad es a través de la perspectiva de Pierre Nora (1997): los **lugares de memoria** que, como ha señalado Claude Javeau (2000), pueden ser individuales o colectivos.

Los fragmentos de la ciudad en los cuales se puede anclar el estudio de los imaginarios son muy diversos. Por ejemplo, se han realizado investigaciones en las cuales se han reconstruido los imaginarios asociados a espacios tales como los cementerios, entendidos como lugares agradables para el paseo y para estar en ellos (Rowles, 1978), pero con la particularidad de que se trata de imaginarios que solo son asumidos por personas de la tercera edad. Es posible que un mismo lugar materialmente definido sea asociado a un imaginario para un tipo de sujeto social, y para otros remita a otro imaginario. Entonces, el estudio de los imaginarios asociados a fragmentos espaciales (lugares<sup>2</sup>) particulares de la ciudad, casi siempre remite a cierto perfil de sujetos sociales. Dicho de otra forma, la ciudad y sus lugares exigen ser pensados desde la perspectiva del sujeto (Berdoulay & Entrikin, 1998; Berdoulay, 2002).

En relación con los fragmentos espaciales de la ciudad sobre los cuales se alojan y construyen imaginarios urbanos particulares, no puede dejar de considerarse el caso particular de los **espacios del miedo**. Este tema, en las ciudades latinoamericanas viene generando un interés creciente

<sup>2</sup> Cabe observar que la expresión lugar en este contexto debe entenderse en la perspectiva de la geografía humanista, no es una simple expresión locacional de tipo coloquial. El concepto de lugar hace referencia a espacios delimitados, con límites precisos, que para los sujetos representan certezas y seguridades otorgadas por lo conocido (Tuan, 1977). A pesar de que el lugar alude a un espacio con límites, dichos límites se extienden hasta donde lo hace el contenido simbólico de los elementos objetivados en él y que pueden ampliarse a través de tramas de sentido. Por ello, se puede considerar al lugar, siguiendo a Gumuchian (1991:63), como una acumulación de significados, o en palabras de Entrikin (1976), el lugar es un depositario de significados.

sobre todo en términos de la construcción social de espacios del miedo, asociados a topofobias de grados diversos, agorafobias y otras fobias espacializadas (Lindón, 2005a; 2005b, 2007). En este tema también se puede incorporar lo señalado más arriba: los lugares que para unos sujetos sociales son espacios del miedo –socialmente construidos como tales (Reguillo, 2000 y 2001; Pereira Leite, 2005)- y en los cuales la experiencia espacial es topofóbica (Tuan, 1980; Tuan, 1990), para otros sujetos pueden ser espacios de ejercicio del poder, **espacios controlados**, en los cuales a través de la relación sujeto-territorio se recomponen identidades.

Otro desafío significativo que se puede aunar al estudio de los imaginarios urbanos es el reconocimiento que los habitantes de las ciudades no solo han construido imaginarios de cada una de sus piezas y fragmentos, así como del todo que es la ciudad, sino también que estos imaginarios se transforman históricamente, tanto como se rehace la ciudad y la vida urbana que ella aloja. Por eso el estudio de los imaginarios no debería perder la dinámica temporal. La dinámica propia de la vida urbana no solo se desarrolla en el tiempo histórico, sino también en otros ciclos temporales. Por ejemplo, el ciclo cotidiano de las 24 horas, o los tiempos biográficos de sus habitantes. Así por ejemplo, al explorar los imaginarios asociados a ciertas calles, barrios de la ciudad u otros fragmentos de ésta como pueden ser los centros históricos (Hiernaux, 2006b), cabe preguntarnos si acaso no existen imaginarios diurnos y nocturnos diferentes en relación con el mismo lugar, que terminan constituyendo a un lugar material en dos, uno diurno y otro nocturno (Margulis, 1994). O bien, si existen imaginarios sobre estos espacios que son reconocidos en ciertas etapas del tiempo biográfico de sus habitantes. Por ejemplo, hay imaginarios sobre fragmentos de la ciudad que los construyen y movilizan en su vida práctica los jóvenes o los ancianos, u otros sujetos sociales. Tal como ocurre con los imaginarios urbanos reconstruidos por el lugar en el cual se anclan, los imaginarios urbanos que toman sentido en una temporalidad también resultan indisociables de ciertos sujetos sociales.

En suma, el estudio de las ciudades desde los imaginarios urbanos debería incluir la dinámica

del movimiento entendido en distintas formas, así como las diversas temporalidades sociales y las perspectivas u horizontes de sentido de los diferentes sujetos sociales involucrados con los espacios en cuestión y en las diversas temporalidades. De igual forma, los imaginarios urbanos constituyen una mirada que necesariamente da cuenta de la relación entre lo no material, la subjetividad espacial, y la ciudad en cuanto a sus formas materiales y a las prácticas que se inscriben en esas formas materiales. Las prácticas sociales al anclarse y desplegarse en el espacio de la ciudad, contribuyen a la hechura de la ciudad material, pero al mismo tiempo esas prácticas adquieren ciertos rasgos a partir de la materialidad de la ciudad. Esa relación entre formas materiales y prácticas resulta inconclusa si no se la considera a la luz de los imaginarios urbanos.

Todo lo anterior muestra que los imaginarios urbanos no **re-presentan** (Castoriadis, 1985), ni son únicos y monolíticos, ni son un problema de los mundos interiores del individuo inconexo con los mundos exteriores y materiales. Más bien parecen cubrir la ciudad material –los lugares- con innumerables velos, parciales, móviles, fragmentados, superpuestos, que dejan ver ciertos fenómenos y ocultan otros, dependiendo del sujeto y del tiempo, tanto cotidiano, como biográfico e histórico.

El texto de Daniel Hiernaux, además del aporte teórico respecto al concepto mismo de imaginarios en la tradición de Gilbert Durand, también hace un ejercicio relevante al preguntarse de qué formas ha percolado esta visión en el campo particular de los estudios urbanos. Sus hallazgos muestran que una línea en la cual aparecen los imaginarios en los estudios de la ciudad, es a través del análisis de prácticas urbanas más o menos en la sintonía de los estudios culturales. No obstante, advierte que los imaginarios propiamente dichos suelen desdibujarse en este tipo de abordajes. Una segunda perspectiva, advierte Hiernaux, es la que se ha centrado en el estudio de las representaciones de la ciudad y sus fragmentos. En tanto que, para el autor, la tercera vía parece ofrecer las mayores potencialidades: se trata de los estudios urbanos que asumen explícitamente la meta de articular las prácticas y los imaginarios. No obstante, también reconoce que este camino aún



es notoriamente incipiente. Cuando se analiza un campo emergente, como es éste, todo esfuerzo por empezar a hallar huellas y líneas de fuerza se torna más complejo, por el mismo carácter aún difuso del campo en cuestión. Sin embargo, esa tarea tiene el mérito de advertir fortalezas y debilidades cuando el edificio aun se empieza a construir.

El texto de Alicia Lindón se puede leer en dos vías, cada una por separado, o mejor aún, articuladas entre sí: por un lado, es parte de las búsquedas metodológicas que han ido surgiendo recientemente a partir del momento en que la subjetividad va tomando creciente centralidad en el estudio de la ciudad y el espacio urbano. Y en este sentido, el texto explora una particular aproximación metodológica para el estudio de la ciudad desde los imaginarios urbanos, de corte claramente cualitativo, que denomina **hologramas espaciales**. Por otro lado, este texto puede ser leído como la búsqueda de articular el interés por los imaginarios urbanos con cierto tipo de miradas sobre el espacio urbano. En este caso, se plantea una perspectiva que la autora denomina **constructivismo geográfico**, para la cual los imaginarios urbanos serían un ámbito particularmente relevante, al mismo tiempo que los hologramas espaciales podrían constituir una estrategia metodológica concreta *ad hoc*. En última instancia, se puede hacer una lectura desde lo metodológico que se desplace hacia arriba, hacia los niveles más teóricos: hacia las concepciones del espacio y la ciudad como construcción social del lugar. Por otro lado, se puede hacer otra lectura que desde el nivel metodológico se desplace hacia abajo, hacia lo técnico: en términos de estrategias técnico-metodológicas para resolver **el cómo** estudiarlo.

Mónica Lacarrieu parte del énfasis que ha llevado a estudiar largamente la ciudad como patrimonio material (lo que la autora aborda bajo la metáfora de la **pesadez de lo material**, y al mismo tiempo se ha olvidado o negado las dimensiones no materiales, que ella denomina expresividad cultural (la **levedad** de lo urbano). No obstante, Lacarrieu reconoce que en los últimos años todo lo no material –la expresividad cultural en su discurso– ha adquirido una gran centralidad, un nuevo Norte que se vislumbra en los estudios urbanos. Aun considerando ese giro hacia lo no material (la levedad), la autora advierte

acerca de una tendencia riesgosa: la expresividad cultural de una ciudad es diversa y las imágenes e imaginarios urbanos hegemónicos reconocen sólo las expresiones culturales de ciertos sectores sociales vinculados al poder, y niegan o invisibilizan otras expresiones culturales urbanas. Asimismo, Lacarrieu también introduce la discusión entre la imagen y el imaginario, destacando la confusión que ha prevalecido en su tratamiento.

Alain Musset abre la puerta para una reflexión compleja –aunque también inconclusa en términos de lo urbano, considerando que lo inconcluso también muestra las nuevas posibilidades aún no transitadas– como es la relación entre lo constituyente y lo constituido a partir de la trilogía entre “las realidades materiales de la ciudad, la ciencia ficción y los imaginarios urbanos”. El autor desarrolla una parte de esta relación: básicamente, plantea que la ciencia ficción se alimenta de las formas espaciales de la ciudad y las relaciones sociales que se desarrollan en las ciudades actuales. Sin embargo, la asignatura pendiente como trabajo conceptual, es cómo se completa la relación entre la “ciencia ficción y los imaginarios urbanos”. Y en ese campo, evidentemente los estudios de comunicación tienen mucho que aportar a los Estudios Urbanos. Esta última línea se torna todavía más compleja si recordamos lo planteado por casi todos los autores: los imaginarios influyen en la construcción material de la ciudad. En este sentido, la trilogía tendría al menos tres movimientos en el juego entre lo configurado y lo configurante: la realidad urbana alimenta la ciencia ficción. La ciencia ficción configura imaginarios urbanos y estos últimos, configuran a la realidad urbana materialmente dada, que vuelve a orientar una vez más a la ciencia ficción.

Sin lugar a dudas el aporte de Musset es estimulante, más aun si se considera que lo más frecuente con relación a la construcción material de la ciudad ha sido destacar el papel de los imaginarios y la subjetividad social, tanto de los propios habitantes de la ciudad como de los urbanistas y otros actores con capacidad de decisión en cuanto a la construcción material de la ciudad<sup>3</sup>. Dándole

<sup>3</sup> En el caso del papel de los urbanistas una referencia conocida es el segundo espacio de Soja (1995).

más complejidad al tema, Musset incluye el papel constituyente y constituido de la ciencia ficción. Esta perspectiva se podría trasladar a otros ámbitos de la vida social, por ejemplo, nos podríamos preguntar por el papel de la literatura y las artes en sentido amplio respecto a los imaginarios urbanos y a la ciudad misma. En este sentido se puede recordar que Manuel Delgado (1999) se ha interesado extensamente por el papel del cine en sentido amplio en la configuración de la ciudad en términos materiales y subjetivos.

Francisca Márquez realiza una lectura del libro *Santiago en EURE. Huellas de una metamorfosis metropolitana: 1970/2000*, poniendo en evidencia que los diferentes autores que en esas décadas abordaron la ciudad de Santiago dejaron traslucir tres imaginarios urbanos que co-existen en Santiago: estos son “el imaginario de la ciudad/país”, “el imaginario de la ciudad integrada/la ciudad trizada” y “el imaginario de la ciudad aldea/ciudad global”. La autora insiste en que difícilmente se pueda entender a la ciudad actual –del filo de la posmodernidad– en términos de orden y coherencia, más bien prevalecen las incongruencias, y estos imaginarios opuestos pero co-existentes son uno de sus motores, en el caso de Santiago: así, se mantienen añoranzas –alimentadas de una memoria colectiva– que sufren erosión y desgaste, para terminar articuladas con el imaginario de la desurbanización, de la guetización y el amurallamiento interno a la ciudad. En última instancia, el imaginario del miedo y la desconfianza al otro se entroniza. El miedo sustituye al deseo, o se instaura el imaginario de la búsqueda –y también de la fantasía– de la “sociedad de la seguridad”.

Es significativo, que este último imaginario –el de la celebración del gueto frente al miedo– aparece no solo en este texto de Márquez, también en el de Alain Musset, en el Daniel Hiernaux y en el de Mónica Lacarrieu. Tal vez este podría ser uno de los imaginarios urbanos actuales de mayor fuerza y mayor capacidad colonizadora de las subjetividades sociales, al menos si el tema es visto desde las ciudades latinoamericanas.

Un rasgo común de todos los trabajos aquí integrados es que de una forma o de otra, en todos aparece el carácter de lo inconcluso, la discusión

abierta, los desafíos y asignaturas pendientes. Precisamente, todo eso que los autores no terminan de anclar en cada uno de los textos puede leerse como una expresión del carácter emergente que toma lo imaginario en el estudio de la ciudad y, como tal, también tiene el mérito de marcar un horizonte aún poco explorado pero fecundo para comprender la ciudad, la urbanización y la vida urbana en su complejidad actual. En suma, si los estudios urbanos han sido un campo del conocimiento particularmente desarrollado desde el pensamiento latinoamericano (Hiernaux & Lindón, 2006), ahora esta misma tradición intelectual latinoamericana pareciera estar realizando un giro y renovación sustancial del campo a través de la perspectiva de los imaginarios urbanos.

## Referencias bibliográficas

- Baeza, M. A. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social: ensayo de sociología profunda sobre los imaginarios sociales*. Santiago: Sociedad Hoy – RIL.
- Berdoulay, V. (2002). Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir. *Boletín de la AGE*, 34, 51-61.
- Berdoulay, V. & Entrikin, N. (1998). Lieu et sujet: perspectives théoriques. *Espace géographique*, 2, 111-121.
- Castoriadis, C. (1985). *La institución imaginada de la sociedad* (1ª ed.). Barcelona: Tusquets.
- Delgado, M. (1999). *El animal público: hacia una antropología de los espacios públicos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- De Castro, C. (1997). *La geografía en la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Entrikin, J. N. (1991). *The betweenness of place: towards a geography of modernity*. Johns Hopkins University Press.
- García Canclini, N. (1997). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Gumuchian, H. (1991). *Représentations et aménagement du territoire*. París: Economica.
- Hiernaux, D. (2006a). Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano. *Liminar. Estudios sociales y humanísticos*, 8.
- Hiernaux, D. (2006b). Los centros históricos: ¿espacios posmodernos? (De choques de imaginarios y otros conflictos). En A. Lindón, D. Hiernaux & M. A. Aguilar, *Lugares e imagi-*



- narios en la metrópoli (pp. 27-42). Barcelona: Anthropos-UAM-I.
- Hiernaux, D. (2007). Paisajes fugaces y geografías efímeras en la metrópolis contemporánea. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 237-258). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Hiernaux, D. & Lindón, A. (2006). Geografía urbana: una mirada desde América Latina. En D. Hiernaux & A. Lindón (Dirs.), *Tratado de Geografía Humana* (pp. 95-128). Barcelona: Anthropos-UAM-I.
- Javeau, Claude (2000). Lugares de memoria individuales y estructuración de las interacciones: acerca de los síndromes de Lamartine y de Proust. En A. Lindón (Ed.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp. 171-186). Barcelona: Anthropos-El Colegio Mexiquense-CRIM.
- Ley, D. (1983). *A social geography of the city*. New York: Harper & Row Publishers.
- Lindón, A. (2005a). Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias. En R. Reguillo & M. Godoy (Eds.), *Ciudades translocales: espacios, flujo y representación. Perspectivas desde las Américas* (pp. 145-172). Guadalajara: SSRC-ITESO.
- \_\_\_\_\_ (2005b). El imaginario suburbano: topofilias y topofobias. *Ciudades*, 2, 5, 289-314.
- \_\_\_\_\_ (2006a). La casa bunker y la deconstrucción de la ciudad. *Liminar. Estudios sociales y humanísticos*, 4, 2, 18-35.
- \_\_\_\_\_ (2006b). Geografías de la vida cotidiana. En D. Hiernaux & A. Lindón (Dirs.), *Tratado de Geografía Humana* (pp. 477-536). Barcelona: Anthropos-UAM-I.
- \_\_\_\_\_ (2007). La construcción social de paisajes invisibles y del miedo. En J. Nogué (Ed.), *La construcción social del paisaje* (pp. 213-236). Madrid: Biblioteca Nueva, Colección Teoría y Paisaje.
- Lindón, A., Hiernaux D. & Aguilar, M. A. (2006). De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción. En A. Lindón, M. A. Aguilar & D. Hiernaux (Coords.), *Lugares e imaginarios en la metrópoli* (pp. 9-26). Barcelona: Anthropos-UAM-I.
- Margulis, M. (1997). *La cultura de la noche*. Buenos Aires: Biblos, Col. Sociedad.
- Mondada, L. (2000). *Décrire la ville: la construction des savoirs urbains dans l'interaction et dans le texte*. París: Anthropos.
- Nora, Pierre (1997). *Les lieux de memoire* (Tomo 1). París: Gallimard.
- Nogué, J. (1983). De com la literatura pot ser útil a la geografia: reflexions arran de la lectura d' un llibre. *Documents d'anàlisi geogràfica*, 3, 201-208.
- \_\_\_\_\_ (2006). Paisaje, identidad nacional y sociedad civil en la Cataluña contemporánea. En A. López Ontiveros, J. Nogué & N. Ortega Cantero (Coords.), *Representaciones culturales del paisaje: y una excursión por Doñana* (pp. 41-58). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-AGE.
- Nogué, J. & Villanova, J. L. (1999). *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida: Editorial Milenio.
- Pereira Leite, M. (2005). Miedo y representación comunitaria en las favelas de Río de Janeiro: los invisibles exiliados de la violencia. En R. Reguillo & M. Godoy (Coords.), *Ciudades translocales: espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas* (pp. 365-392). Guadalajara: Social Science Research Council-ITESO.
- Reguillo, R. (2000). La construcción social del miedo: narrativas y prácticas urbanas. En S. Rotker (Ed.), *Ciudadánías del Miedo*. Caracas, Nueva Sociedad - The State University of New Jersey.
- \_\_\_\_\_ (2001). Imaginarios locales, miedos globales: construcción social del miedo en la ciudad. En *Estudios Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, 17, 47-64. Caracas: Universidad Simón Bolívar.
- Rowles, G. (1978). *The prisoners of space? Exploring the geographical experiences of older*. Boulder Colorado: Westview Press.
- Silva, A. (1986). *Una ciudad imaginada: graffiti, expresión urbana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- \_\_\_\_\_ (1997). *Imaginarios urbanos: cultura y comunicación urbana* (3ª Ed.). Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- \_\_\_\_\_ (1998). *Álbum de familia: la imagen de nosotros mismos*. Bogotá: Grupo editorial Norma.

- \_\_\_\_\_ (2001). Imaginarios: estética ciudadana. En A. Vergara Figueroa (Coord.), *Imaginarios: horizontes plurales* (pp. 107-130). México: CONACULTA.
- Soja, E. (1996). *Thirdspace. Journey to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Mass: Blackwel.
- Tuan, Y. (1977). *Space and place: the perspective of experience*. University of Minessota Press.
- \_\_\_\_\_ (1980). *Landscapes of Fear*. New York-Oxford: Pantheon-Blackwell's.
- \_\_\_\_\_ (1990). *Topophilia: A study of environmental perception, attitudes and values*. N. Jersey: Prentice Hall.